

Poéticas de Guayasamín: entre la imagen fotográfica y la imagen poética.

Por Fernando Montenegro

Universidad de las Artes, 14 de julio de 2022

Históricamente la palabra poética ha provocado muchas malas noches a quienes hemos procurado encontrar allí un sentido mínimamente pragmático, que nos permita por lo menos tener la ilusión de tener en nuestras manos, por un momento, aunque sea, cualquier cosa que se esté designando con ella.

La poética de Aristóteles, como saben, fue un texto que estuvo desaparecido durante siglos y del que apenas conservamos unos fragmentos que pasaron de mano en mano, como si albergaran un mensaje secreto y obscuro y que, por si fuera poco, sufrió todo tipo de intervenciones y manoseos que hacen sospechar de su intención ulterior.

Cuando finalmente un joven o no tan joven estudioso de la literatura, abre una copia del libro o se baja un muy mal escaneado PDF, no encuentra la claridad que acaso esperaba, sino un texto lleno de oscuridades, de esquivas, de silencios. No me malinterpreten, es un texto indispensable y de lectura obligatoria para comprender las reglas generales de la creación literaria. Lo que quiero decir, lo que estoy tratando de decir, es que la lectura de ese clásico no resuelve, no al menos como esperamos desde una perspectiva racionalista, el misterio que guarda la palabra poética. El misterio persiste.

En 1951, por ejemplo, un lingüista ruso llamado Roman Jakobson, en una famosa conferencia en la ciudad de Indiana propuso la idea de que existe una función poética en el lenguaje. No por irrespetar a Jakobson, pero esa pequeña conferencia todavía puede lograr discusiones acaloradas. Yo mismo participé en una hace poco. Nadie sabe qué mismo quiere decir el ruso con «es la orientación del mensaje en cuanto tal». Otra vez, no estoy diciendo que la conferencia de Jakobson haya sido un fraude, simplemente quisiera hacer notar que el simple hecho de lidiar con ese término ya implica una serie de desafíos para la sensibilidad y para la inteligencia.

Poéticas de Guayasamín justamente es el título que Raúl Vallejo ha escogido, pues, para el libro que estamos presentando el día de hoy y que se ha publicado en UArtes Ediciones y el Fondo de Cultura Económica. A partir de allí, del título, el libro ya presupone una alerta para el lector, no solo por la presencia fantasmática de la palabra en discusión, sino porque además está vinculada con el principal artista visual ecuatoriano.

Esta es la primera cuestión, entonces, que quisiera poner en valor respecto a este libro. *Poéticas de Guayasamín*, ciertamente, nos obliga, desde el principio, a escapar del siempre cómodo sillón de la disciplina. Esto se debe en buena parte a que el propio Guayasamín fue un artista cabal y vasto que nos exige una mirada transdisciplinaria y compleja para acercarnos a su obra.

Pero la otra parte la hace el autor de nuestro libro. No resulta fácil, pues, plantearse escribir una obra, digámoslo así, fuera del campo de experticia, pues, por más que Raúl es también historiador, y no es la primera vez que escribe sobre Guayasamín o sobre artistas visuales en general, es claro para todo el mundo que es sobre todas las cosas un escritor.

De hecho, como es bien conocido, este no es el primer libro que está dedicado a una figura de nuestra historia. Ya había publicado *El alma en los labios* (2003) y *El perpetuo exiliado* (2016)¹ novelas sobre Medardo Ángel Silva y José María Velasco Ibarra que, aunque muy diferentes entre sí, habitan plenamente el espacio de la novela.

El caso de este libro es distinto, pues se trata de una colección de textos breves que oscilan entre la crónica, la poesía, el comentario crítico y la cita, y que están atravesados, por una serie de fotografías con la obra de Guayasamín y con diversos materiales sobre su vida y

¹ Premio Real Academia Española 2018.

trabajo que no estaría mal leer como un ensayo visual colectivo, puesto que las fotografías fueron tomadas por distintas personas, entre estas el propio Raúl, Xavier Patiño y Jorge Medina. A este libro, la crítica de arte Graciela Speranza, lo llamaría un Atlas sobre Oswaldo Guayasamín.

Sobre un libro como el que acabo de describir habían discutido largamente Walter Benjamin y Bertolt Brecht, siendo este último el que finalmente publicara en 1955 *Kriegfibel* o *War Primer*, una publicación que el dramaturgo calificó como epigramas fotográficos. La idea fundamental de Brecht no era comentar con textos poéticos aquellas fotografías de guerra con las que iba trabajando, sino producir un espacio de tensión poética (aquí otra vez la palabra) entre la imagen y el texto, como si ese efecto solo pudiera ocurrir allí, en esa especie de espacio fronterizo entre dos lenguajes distintos, en este caso entre la imagen fotográfica y la imagen poética.

Este procedimiento se replica parcialmente en *Poéticas de Guayasamín*, pues varios de los textos son poemas del propio Raúl a propósito de su experiencia frente a una obra de Guayasamín en particular. Un buen ejemplo de ello es «Anda que anda», un texto alrededor del monumento La Patria Joven que está en el parque Forestal en Guayaquil. Varios de estos textos y poemas, sin embargo, algunos que constan en *Mística del tabernario*, fueron *restaurados* para este libro, utilizando fragmentos de entrevistas o textos del propio Guayasamín que recorre, como un rumor a la Pedro Páramo, las páginas de esta publicación.

Es también necesario decir que, la propia vida de Guayasamín estuvo muy emparentada con la literatura. Conocida es su amistad con figuras como Pablo Neruda, Gabriela Mistral, Juan Ramón Jiménez o con el propio Jorgenrique Adoum, En particular me ha llamado la atención, un poema en quechua de José María Arguedas dedicado a Guayasamín y llamado «Iman Guayasamin», de 1964. Una de las cosas que quisiera preguntarle a Raúl, es por qué ha decidido comenzar con ese texto de Arguedas su libro. A mí me parece que este diálogo entre Guayasamín y Arguedas debe ser uno de los más fructíferos pensando en la producción artística de los Andes. Me da la impresión de que, aunque no comparten el mismo destino, sí que comparten la misma búsqueda y que en esa conversación, yace algún secreto esencial de nuestra producción artística.

En este mismo sentido, no me puedo guardar de algo que me pasó en esta semana en que, al mismo tiempo, leía el libro de Raúl y *Los ríos profundos* para una de mis clases en la universidad. Se trata de un pasaje de la novela donde Ernesto describe una *Yawar fiesta*, que es una celebración que tiene lugar en los meses de julio y en la cual amarran las patas de un cóndor al lomo de un toro para emular una batalla que también es una danza. Sobre esto hay un poema de Raúl en el libro que se llama, precisamente «*Yawar Raymi*» y que resulta de un comentario sobre el mural de Guayasamín «El toro y el cóndor» que está en la capilla del hombre.

Me parece que, aun sin saber qué resultado puede tener esa conversación que ha propuesto Vallejo entre Arguedas y Guayasamín, ese mismo gesto dialógico e interdisciplinario, tan arriesgado como sensible, contiene el sentido profundo de la palabra poética. Es decir, la poética no da cuenta únicamente de un sistema de reglas de un determinado discurso, ni es solamente una función del lenguaje que aparece cada vez menos, o no se atiene a cualquier definición que el más sofisticado de los teóricos pueda hoy en día proveer; la poética en este caso es sobre todo la voluntad de extender la inteligencia hasta otros campos sensoriales, por más desconocidos que sean, y hacia otras regiones de la imaginación con el objetivo de descubrir nuevas formas, incluso, para decir lo mismo, aunque de una manera completamente nueva.

Yo creo que ese es en definitiva el gran logro de este libro.

No quisiera finalizar mi, espero, corta intervención, pasando por alto otro gran valor que en mi criterio tiene la publicación y que está relacionado con el momento que vive el

país, sobre todo respecto a los recientes acontecimientos políticos. Varias páginas de *Poéticas de Guayasamín* están dedicadas a discutir sobre *el problema del indio*, para usar la terminología de Mariátegui, que es un asunto que por supuesto es central en su obra y en su vida. Me parece que tanto el hombre como su trabajo artístico tienen mucho que decirnos sobre estos tiempos que corren, donde el más cruento y reaccionario racismo sigue plenamente vigente.